

«cabeza, y publicar todo lo que me plazca, y atacar su reputacion en campo abierto.» ¡Ah! Niño mio, di todo lo que salga de tu cabeza; yo te haré escuchar verdades que no te han de agradar; yo descubriré tus trampas. ¡Me acusa de haber escrito contra el Papa por aborrecimiento y por maldad; de ser arisco, indigesto, maldiciente, orgulloso y de creerme el solo sabio del mundo!... Mas si yo te digo, niño mio: ¿qué importa que yo sea vanidoso, áspero y malo? El papado, ¿es inocente porque yo sea despreciable? El Rey de Inglaterra, ¿es sabio porque yo le tenga por loco? ¿Qué dirás tú? Mas el amado Rey que tanto horror tiene á la mentira y la calumnia, ha estado mas embustero y calumnioso en su libro que puedo yo haberlo estado en todos mis escritos. Se le ve en esta contienda personal en demasia. Un Rey podrá injuriar á un pobre fraile; mas será un adulator respecto del Papa.»

Hemos visto que el Rey de Inglaterra sostuvo con buena copia de palabras que la ancianidad, lo mismo en la humanidad que en sus instituciones, tiene derecho á nuestro respeto, y que el papado, por consecuencia, no debe tratarse como si hubiese nacido ayer. El cenobita no se hizo cargo de la proposicion para discutirla; para combatirla acudió á su arma ordinaria: la burla.

«Quiero dar á los papistas una contestacion, que valga por todas, y les digo, dirigiéndome al Rey de Inglaterra: Tu justo, viejo de un siglo, no sabrá ser justo solo una hora; si la vejez hace el derecho, el diablo deberia ser la cosa mas justa del mundo, porque cuenta mas de cinco mil años.»

A traves de la obra teológica, persigue Lutero á su adversario, ocupándose muy poco de las cuestiones dogmáticas, y no inquietándose ni de la voz de la tradicion, que el Rey hace hablar muy alto, ni del testimonio de aquellas grandes lumbreras del catolicismo, que Enrique llama en su proteccion, ni de las terribles deducciones que res-

pecto al orden de la sociedad deduce el tomista de las proposiciones de su rival. Lutero reserva para el fin de su alegato los mejores argumentos; el diablo y la ley de sangre.

«Lo que mas me admira, dice él, no es la ignorancia de Heintz, el Rey de Inglaterra; no es que él entienda menos la fe y las obras que un patán, que al menos presente á su Dios, sino que el diablo haga el papel de payaso con la ayuda de su Heintz, cuando Satanás sabe bien que yo siempre me he reido de él. El Rey Enrique no desconoce el refran que dice: «No hay gente mas loca que los reyes y los principes.» ¡Quién no ve el dedo de Dios en la ceguera y locura de este hombre!... Yo quiero dejarle descansar un momento, porque tengo que traducir la Biblia, aparte de otras ocupaciones que no me permiten gastar mucho tiempo, removiendo el fango de S. M. Ademas, no me faltará tiempo en otra ocasion para responder á gusto mio á esa boca real, que vomita mentiras y ponzoña. Yo creo que carga con su libro por espíritu de penitencia, porque su conciencia le grita muy alto que ha robado la corona de Inglaterra, haciendo morir de muerte violenta al último vástago de la real estirpe, agotando el manantial de la sangre real de la Bretaña. El tiembla dentro de su piel, temiendo que esta sangre no caiga sobre su cabeza.»

Despues, dejando la majestad, como si no mereciese sus argumentos, evoca á los mas gloriosos representantes de la escuela, los tomistas, y lanza á sus cabezas este soberbio argumento:

«¡Voto á tal! ¡Puercos! ¡Quemadme si os atreveis! ¡Mirad, no os pierdo de vista! Muerto, os perseguirán mis cenizas, aunque las hayais arrojado á los mares y á los vientos; vivo, yo seré un enemigo incansable del papado; reducido mi cuerpo á cenizas, yo seré dos veces enemigo, Puercos-tomistas, haced lo que podais; Lutero será para vosotros el oso en medio de vuestro camino; el leon en vuestro sen-

dero; os perseguirá por todas partes; se presentará incesantemente delante de vosotros; no os dejará ni en paz ni en guerra hasta que haya roto vuestra cerviz de hierro y vuestra frente de bronce, para vuestra salud ó para vuestra perdición.»

Sin duda estas palabras son bien estrañas, y que, por tanto, un discípulo de Lutero no tuvo temor de ponerlas en la cuenta de las del Espíritu-Santo.

«Un momento creí, dice Pomeranio, que nuestro padre Lutero habia estado algo violento contra Enrique de Inglaterra; pero ahora veo que me equivoqué, y que él no ha estado sino muy dulce, y que el Espíritu celestial ha dictado sus palabras: Espíritu de santidad, de constancia y de fuerza invencible.» En cambio Erasmo no encontró en su respuesta mas que locura y grosería.

Lutero pensaba como Pomeranio, y se aplaudía á sí mismo en el epilogo de su libro respecto á la moderación y su dulzura.

Que se hojeen todos los folletos políticos y religiosos que se han escrito; en ninguno se encontrará tanto cinismo y tal cúmulo de palabras subversivas. Solo escede *El Viejo cordelero*, del P. Duchesne; pero este periodista dejó su estado, y no volvió á creer en Dios; no así el cenobita: interrumpió su traduccion de la Biblia para dar su contestacion á Enrique.

Mas ved lo que admira mas dolorosamente: el silencio de los príncipes reformados, de los cuales solo uno, el elector de Sajonia mismo, quiso dar una leccion á este monge desvergouzado, y enseñarle á abofetear la cara de la majestad real. El libelo, sin embargo, se dió á luz públicamente, firmado con el nombre del autor y las señas de la imprenta, y se vendió á las claras en la feria de Francfort, atravesó los mares, y se hizo popular en Europa; y este escándalo no escitó en el alma de los soberanos ni emocion, ni piedad, ni cólera! Enrique se quejó al elector de Sajo-

nia de tan cruel ofensa, y el elector se contentó con advertir al monge el enojo que habia tomado el Rey.

Vamos á juzgar á Lutero.

La carta del elector no tenia ni amenaza ni indignacion; solo, sí, tímidos consejos y dulces razones; y, sin embargo, Lutero temió: no se acordaba ya de sus palabras en Worms: «Si mi obra viene de Dios, no perecerá.» Y cantó un himno en honor de la real boca que habia ensuciado la corona de su Cristo. En un momento se le ve insolente, en otro, pequeño y rastrero. Su pluma monacal nada tenia de obsequiosa (1). Así lo da á entender: veamos.

«Ilustrísimo Rey, serenísimo príncipe, escribia Lutero: yo debo, en verdad, ser temeroso de dirigirme á V. M. despues de haberos ofendido con el libelo que, cediendo á los consejos de mis enemigos antes que á mis naturales instintos, he publicado contra ella; yo, hombre orgulloso y vanidoso: mas lo que mas me envanece y me entusiasma es que vuestra bondad real no cese todos los dias de honrarme con sus cartas y sus contestaciones. Mortal, no guardes una cólera inestinguible. ¿Sabeis lo que yo sé de buena tinta? Que el escrito publicado bajo el nombre de S. M. no es en lo mas minimo de la pluma del Rey de Inglaterra, por mas que quieran persuadirnos algunos sofistas desvergonzados, que no comprenden la ignominia de que han cubierto por lo mismo á V. M.; entre otros, ese enemigo de Dios y de los hombres, el Arzobispo de York. Yo me avergüenzo hoy, y soy osado de elevar hasta á vos mis razones; yo, que gracias á esos obreros de la iniquidad no he temido insultar á un príncipe tan grande, y yo, gusano de la tierra y de la podredumbre, que no merezco mas que el desprecio y el desden.

«Prosternado á vuestros pies con toda humildad, á V. M. suplico, por la Cruz y la gloria de Jesucristo, per-

(1) Esto es una ironia ingeniosa del autor. (N. del T.)

doncis mis ofensas, segun el precepto del Señor. Que si vuestra grandeza cree necesario que en otro escrito reniegue de mis palabras y glorifique vuestro nombre, os dignéis trasmitirme vuestras ordenes, y yo lo haré pronto y de buena voluntad. ¡Lutero cómo ha de compararse á V. M.! Nada es para vos. ¡Cuánto ganara la gloria de mi Dios sino se me permitiera escribir al Rey de Inglaterra en pro de la causa evangélica!»

Los hombres hubo que comprendieron su mision, y se arrojaron á defender la corona ultrajada; á saber: Frisher, Obispo de Rochester, en un luminoso escrito, publicado bajo el nombre de William Ross, y Tomás Moro, quien, en lugar de llamar en su ayuda la alta capacidad de que estaba dotado, quiso mas bien hacer uso de la burla, á imitacion de Lutero. Por desgracia sus sátiras eran dificiles y sin espontaneidad. El sarcasmo no salia completamente armado de su cabeza; mas atravesaba antes de llegar al corazón de sus adversarios los satíricos de la antigüedad, y sobre todo Lucano, de quien habia hecho un profundo estudio; esta era la lengua de taberna que el canceller creia hablar, pero que solo balbuceaba, y que destrozaba falto de ejercicio en ella. Ya se sabe la habilidad de Lutero cuando remeda el estilo de un hombre embriagado. Los apodos, las bufonadas, las agudezas, los conceptos, fluyen de sus labios como la cerveza de su vaso. Véase el espiritualismo de la fábula imaginada por Tomás Moro.

Lutero está sentado á la mesa entre sus camaradas de botella, en medio de báquico senado, meditando, despues de haber apurado sendos vasos de cerveza de Esimbeck, su respuesta al Rey de Inglaterra. Uno de sus comensales le dice con cierto embarazo:

—Las injurias que caen á gruesos copos, parecidos á los de la nieve, esas son las únicas armas que conviene usar contra el Rey.

Lutero aplaudió: mas consultándose á si mismo, com-

prendió que su diccionario, tan voluminoso como era, no podia surtirle, sin embargo, de una provision abundante de bufonadas, y soltó el vuelo á esta turba de parásitos, para que fuesen á recoger por todas partes aquello que pudiesen. Unos se dirigian á una parte, otros á otra, y pronto estas abejas, ó mas bien avispas, volvieron cargadas al lugar comun con un copioso botin.

Habian descendido á las encrucijadas, á los caminos, á las playas, á los baños, á los trinquetes ó juegos de pelota, á las barberías, á las tabernas, á los molinos, aplicando su vista y oidos para poder repetir exactamente las groserías de los cocheros, las insolencias de los criados, los chismes de los porteros, los chistes de los cortesanos, las bufonadas de los saltimbanquis, las obscenidades de los bañeros y las de otros individuos. Y despues de reunir tantas palabras injuriosas, sarcásticas, libertinas, indecentes, infames, al traves del lodo, el estiércol y el fango, vuelven á depositar todas estas materias en la *cloaca de Lutero*, quien con su boca masca, tritura y despues vomita todas estas inmundicias: y el libro del monge estuvo compuesto. Algunos opinan que el honor de la diadema pudo defenderse mejor. No admitimos la excusa de Erasmo, cuando dice que el canceller, contestando al folleto luterano, estaba inspirado por los escritos del monge sajón.

El catolicismo en esta polémica no tuvo ciertamente mas que un digno representante, el duque Jorge, quien, en nombre de Dios, de la moral y de la Alemania, vino en denunciar á los comicios de Nuremberg (aunque bastante tarde) las blasfemias de Lutero, y á demandar justicia contra él. Los Estados del imperio no comprendieron su dignidad.

El duque era un verdadero profeta en su carta á los Estados, señalando él mismo una época, no muy lejana, en que los insultos de Lutero contra los Papas y los Reyes darian los frutos mas deplorables. Veamos si tenia razon.

— 270 —

— 271 —

— 272 —

— 273 —

CAPÍTULO XXIV.

LOS CAMPESINOS.—1524-1525.

Conrado.—El manifiesto de Lutero contra los príncipes empuja á los pueblos á la rebelion.—Su exhortacion á los campesinos.—Levantamiento de las campiñas.—Pfeifer y Munzer.—Rebelion de los campesinos.—Su manifiesto.—Respuesta de Lutero á los insurgentes.—Réplica de Munzer.—Oslander y Erasmo acusan á Lutero de promovedor del levantamiento de la Suavia y de la Thuringia.—Melanchthon no quiere que se dé oidos á las quejas de los campesinos.—Estos corren á las armas.—Batalla de Franchenhansen.—Derrota de los rebeldes.—Munzer se reconcilia con la Iglesia, y muere maldiciendo á Lutero.—Acusacion de Memno Simon, de Erasmo de Cochlée contra la memoria del reformador.—Lutero apela al arcabuz para hacer entrar en razon á los revoltosos.

La aristocracia episcopal estaba reconstruida por Carlos V. El clero aleman era poderoso: poseia ricas abadías, que en caso necesario trasformaba en fortalezas, tras de las cuales desafiaba con frecuencia el poder del imperio. Los Obispos de Minden, de Munster, de Paderborn, eran unos verdaderos soberanos, porque se les pagaba el censo, el servicio personal, los peajes, y todos los demas derechos de la soberanía. Estos impuestos eran, por lo comun, muy intolerables; el pueblo no podia pagarlos; pero se le obligaba á la fuerza, y murmuraba.

Un dia un aldeano de Schoendorf, en Baviera, llamado Conrado, citó á unos amigos suyos para que al domingo siguiente viniesen á buscarle, con el objeto de reir y beber